

Hugo Bouter

Abraham y Abimelec, e Isaac y Abimelec

Sus tratados de paz en Beerseba y su significado para el tiempo del fin

«Y Abraham reconvino a Abimelec a causa de un pozo de agua [...]. Y dijo: estas siete corderas tomarás de mi mano, para que me sirvan de testimonio de que yo cavé este pozo. Por esto llamó a aquel lugar: Beerseba; porque allí juraron ambos».

«Hemos visto que Jehová está contigo [...]; y haremos pacto contigo [...]; tú eres ahora bendito de Jehová».

Lectura de Génesis, capítulos 21:22-34; 22:19 y 26:23-33 (RVR77)

Beerseba, el lugar del pacto

Beerseba ocupa un lugar importante en las vidas de Abraham e Isaac, como se ve claramente en los capítulos 21, 22 y 26 del Génesis. Sin embargo, en el capítulo 21 Agar es la primera persona a la que vemos cerca de un pozo de agua en el desierto de Beerseba (Gn. 21:14, 19). No es ninguna casualidad que su nombre guarde relación con esta historia, así como que al final del capítulo veamos el significado ampliado sobre este lugar. Beerseba significa «el pozo del juramento». Este nombre tiene relación con las palabras hebreas «jurar» y «siete», refiriéndose esta última a las siete corderas ofrecidas a Abimelec por haber sido testigo del pozo que Abraham había excavado (Gn. 21:28 y ss.). Siendo esto así, no exageramos al suponer que este pozo de agua significaba mucho para los personajes bíblicos Agar, Abraham e Isaac.

Beerseba habla de la fidelidad de Dios hacia Sus promesas, Sus juramentos. Dios guardó Su palabra con respecto a Abraham e Isaac, los herederos de la promesa, pero también con relación a la esclava Agar y su hijo Ismael. Beerseba nos habla siempre del lugar del pacto, un sitio simbólico de la fidelidad de Dios para con los hombres y de la fidelidad que estos deberían mostrarse. Esto es algo evidente por lo que viene a continuación de los capítulos 21 y 26, en donde leemos sobre los tratados que hicieron Abraham y Abimelec, e Isaac y Abimelec respectivamente. Del mismo modo que Dios

es fiel a Sus juramentos, se espera de nosotros que mostremos lealtad en nuestras relaciones con los demás.

Como creyentes del Nuevo Testamento, tenemos la confianza de que las promesas de Dios, sean lo numerosas que sean (y como Hijo del Padre Cristo es el Heredero de todas las promesas) «son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2ª Co. 1:18-22). En este sentido, podemos ir extrayendo una y otra vez del «pozo del juramento» hasta que todo lo que Dios ha dicho y jurado con respecto a Israel, la Iglesia y las naciones se cumpla de manera asombrosa.

Abraham en Beerseba

En los últimos versículos del capítulo 21 de Génesis vemos de qué modo dos personas hacen un pacto en Beerseba, cerca del pozo del juramento. Se trata de un tratado que hacen el pastor Abraham y el rey de los filisteos Abimelec (cp. Gn. 26:1), a quienes vemos como los representantes del pueblo de Israel y de los filisteos, o palestinos. No que los palestinos de la actualidad sean sus verdaderos descendientes, sino que la etimología de «Palestina» deriva de «Filistea».

Esta historia es la evolución de otro relato de Génesis capítulo 20, donde anteriormente estos dos hombres tuvieron un conflicto en el que Sara estuvo en el punto de mira. Este conflicto se resolvió con un tipo de compensación por parte de Abimelec, de la que él hace indicación aquí cuando ofrece su amistad y muestra de lealtad a Abraham (Gn. 21:23). La relación entre ambos quedó formalmente registrada por medio de este pacto. Abimelec le había demostrado su fidelidad y ahora Abraham debía actuar del mismo modo, cosa que hizo cuando prestaron juramento en el pozo de agua que Abraham reclamaba como suyo (Gn. 21:23, 31).

Un suceso similar tuvo lugar después con Isaac y Abimelec, y con Ficol, el capitán del ejército filisteo. Todo empezó cuando los siervos de Isaac volvieron a excavar «el pozo del juramento» (Gn. 26:32-33). Abimelec significa «mi padre es rey», y Ficol «la boca de todos» (algo así como «el portavoz»). Es muy probable que estos nombres fueran títulos que se transmitían de padres a hijos, y que el Abimelec de esta ocasión fuera otro distinto del que se encontró con Abraham.

El pacto con estos reyes paganos señala de manera profética al tiempo del fin, cuando Israel será restaurado y gobernará sobre los filisteos (cp. Is. 11:14; Abd. 19). En aquel tiempo, una paz realmente duradera reinará entre los dos. El magnífico testimonio dado acerca de Abraham –«Dios está contigo en todo cuanto haces» (Gn. 21:22) – tendrá un pleno cumplimiento aquel día.

Después de formalizarse el pacto, Abraham plantó un tamarisco en Beerseba. El tamarisco es un árbol imponente que se asemeja al cedro. En el capítulo 21, versículo

33, se dice que Abraham «invocó allí el nombre de Jehová Dios eterno». Esta es otra indicación del futuro reino de paz en el que Dios será adorado como *El-Olam*, el Dios eterno. El gobierno del Príncipe de Paz no tendrá fin. Abraham adoró de rodillas en «el pozo del juramento» y dio las gracias al Dios eterno, una acción de gracias que solo Él tiene derecho a recibir.

Beerseba como un puesto de vigilancia

En Génesis 22 tenemos otra mención de Beerseba que esta vez lleva relación con la residencia de Abraham e Isaac. De igual modo que habían ido juntos al monte Moria, así habían regresado a Beerseba, al «pozo del juramento». Fue un hecho a destacar, porque en este capítulo leemos que Dios jura por sí mismo diciendo que bendecirá a Abraham ricamente, y que todas las naciones de la tierra serán bendecidas con (o *en*) su descendencia (Gn. 22:16-18). El patriarca regresó a Beerseba con esta maravillosa promesa en sus oídos, donde sin duda acudiría a su pensamiento más de una vez.

La promesa de bendecir a toda la tierra llega hasta el tiempo del fin, el reino futuro de paz. Abraham tenía la mirada puesta en el día de Cristo, en el día de Su manifestación, y se mostraba exultante por ello (Jn. 8:56). En Cristo todas las promesas de Dios son ciertas y están aseguradas. Estas promesas se cumplirán en el momento que Dios crea oportuno, pues como ya hemos visto, en Cristo «son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2ª Co. 1:18-22).

Isaac en Beerseba

El juramento que Dios hizo con Abraham y su descendencia también se aplica a Isaac, el hijo de la promesa, al que Abraham recuperó de entre los muertos en un sentido figurado (He. 11:18-19). La epístola a los Hebreos confirma este hecho afirmándolo en plural: «los herederos de la promesa». Este juramento significa el punto final de toda discusión, y por medio de él Dios quiso hacer hincapié en la inmutabilidad de Su propósito (He. 6:13 y ss.).

Isaac vivió también en Beerseba, donde se le apareció el Señor para confirmarle el carácter legal de la promesa que había hecho a Abraham. Esta revelación divina hizo de Isaac un adorador más, y construyó un altar allí para invocar el nombre del Señor (Gn. 26:23-25). Isaac es un tipo de Cristo resucitado y del Hombre glorificado en el cielo, el Amado de Dios, el Hijo de la promesa, el Heredero de todo. En verdad Él es el bendito del Señor (cp. Gn. 26:29). Como cristianos, nosotros somos de Él por la fe y compartimos las bendiciones que nos han sido prometidas a través de Él. Poseemos un hogar celestial del que podemos disfrutar a pesar de hallarnos todavía peregrinando en esta tierra. Igual que Isaac, nosotros poseemos una «tienda», un «pozo» y un «altar» (Gn. 26:25).

El pacto que hicieron Isaac y Abimelec en Beerseba, junto al pozo del juramento, es una profecía del tratado de paz que harán Israel y los palestinos en el reino futuro. La cuestión no es que los palestinos reconocerán entonces la superioridad de Israel, sino que se darán cuenta de la manera en que Dios bendecirá a esta nación: «Tú eres ahora bendito de Jehová» (Gn. 26:29). Esto sentará las bases de una paz definitiva y duradera.

Una promesa para el tiempo del fin

De esta manera es como Beerseba, en este pasaje, señala al tiempo del fin. Cristo ha entrado en el cielo por nosotros como nuestro precursor y Sacerdote Supremo. Ha asumido la eterna función de Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Este «nombramiento» no le fue dado sin ser antes pronunciado un solemne juramento para tal efecto, pues Dios mismo ha jurado irrevocablemente: «Tú eres sacerdote para siempre» (Sal. 110:4; He. 7:20-21).

En el momento de Su venida, Él desempeñará este sacerdocio eterno para bendecir a Su pueblo terrenal, tal y como se ha indicado anteriormente de manera profética cuando Abraham obtuvo la victoria sobre los reyes del este (Gn. 14:18-20). De la misma manera que Abraham fue bendecido por Melquisedec, rey y sacerdote de Salem, Cristo, como el verdadero Rey y Sacerdote del Dios altísimo, bendecirá a Su regreso del cielo al remanente de Israel después de que hayan sobrevenido todos los conflictos del tiempo del fin. Luego las naciones serán bendecidas junto con Israel, y habrá paz para siempre. Incluso sus viejos enemigos acudirán y harán un pacto con el pueblo de Dios, como Abimelec hiciera con Isaac (Gn. 26:26-31). ¡Y qué tiempo de prosperidad y felicidad habrá cuando todo esto suceda!

Oude Sporen 2013

